

1989

En el principio la luna; Ländler; Helga by the Tree; Saint-Saënz caminando en el muelle de Santa Barbara

Miguel Angel Zapata

Citas recomendadas

Zapata, Miguel Angel (Primavera 1989) "En el principio la luna; Ländler; Helga by the Tree; Saint-Saënz caminando en el muelle de Santa Barbara," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 35.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/35>

MIGUEL ANGEL ZAPATA

En el principio la luna no inspiraba los cantos. Era necesario ver pero mejor oír, flotar. El alma debía formar al cuerpo y el cuerpo buscarse su propia imagen en lo sagrado de los bosques. Había que cantar y tocarse la piel, sentir la inmensidad. La música no ocultaba nada como las palabras: un joven podía tañer la lira y una muchacha el aulos de doble caña. Bella piel. La veo en mi memoria. El lenguaje pertenecía a las aguas. Se avizoraba una nueva gimnasia para las palabras. El viento de los sauces nos daba la clave de un día. Los álamos nos enseñaban el idioma del laurel. Lo cantaban. La luna no inspiraba los cantos. Eran sus reflejos en el agua, las vibraciones del fondo. Eran los murmullos de las hojas, los susurros de los árboles, las piedras de los arroyos. Aún quedan oídos finos en el mundo: ahí están las campanitas japonesas cantando con el viento, los tambores de granizo sobre los tejados. Veo el Cusco, huelo a nieve. Soy de sol y altura de mar y neblina. Vean el contraste de los arbolitos: sus golondrinas penetrando mi granero. Todo lo oigo. El sonido que produce el álamo temblón con su gran follaje, y la marcha de este tren que me lleva al paisaje sonoro de alta fidelidad a besar sus plantas perennes moviéndome como una turbina.

LÄNDLER

Mira el prado, las últimas uvas de la estación madurando en el sarmiento, los claros del río que nos refrescan los pies en este verano que canta con la hierba y nos hace bailar bajo los soles de Alemania. Mira el verdor de mis deseos al acariciar tus pequeños pies descalzos y sentir ondearse tu vestido largo con la brisa de un mar lejano, tus labios abiertos y carnosos como el mejor de los manjares. Bailemos en estos campos antiguos las canciones de Strauss y de Mahler, no en teatrines ni teatrones, sino ante la serena custodia de los cielos. Así, bailemos como el viñatero recolecta en el momento preciso las uvas más dulces, recubiertas de un moho grisáceo que los alemanes llaman *edelmost* y los franceses la *purriture noble*. Así, en la pudrición más noble, saltar y cantar con sabor enamorado los silbos amorosos de San Juan este himnario y este armonio que llevamos los viajeros a dondequiera que la música nos llame.

Helga by the Tree 1978. (Andrew Wyeth)

Soy tu viejo pirata que te pierde sobre la hierba con tus ojos encantados que adivino al otro lado de los pastizales en los ecos que trae el viento desde la oscuridad del miedo me pregunto dónde están los azules y los lilas de las flores en este lienzo ausentes qué me pasaba en esta juventud ocre que no te veía como ahora que te pierdo en este pasto maduro mi Helga mi pelirosa coronada de flores? Soy tu viejo pirata con dos ojos te miro y de fondo la nueva música computarizada que tanto amas esos juegos de sonoridades a la hora de la ducha aquí estoy con la clave y la salvación del color entre la movilidad del aire en tus cabellos claros que me arroja a robarte a otro paisaje no de pasto pero sí de terciopelo ante el calor del fuego Oh mi valle y los prados de mi vejez como un violento sol sobre la grama como una loca luna sobre tus senos infantiles Soy tu viejo capitán

que te pintó durante quince años sin que se entere mi mujer
Oh mi Infanta el mundo no sabrá jamás nuestro secreto de
aquellas doscientas cuarentaiséis veces que posaste para mí
aquí en mi casa de invierno en Chadds Ford sobre la hierba
ahora sin nosotros que somos la palabra que se descolora el
tiempo que se derrite la luz que nunca se apaga.

Saint—Saëns caminando en el muelle de Santa Bárbara

Hoy regreso al pozo de mi aldea que es más fresco que
la luna / vuelvo a mi selva a medir su follaje
submarino / el tibio aire de mis valles, dejo atrás los
montes de plata y sus ángeles condenados en las torres
de neón / Me voy, dejo por un tiempo los altos
rascacielos y sus vuelos fantasmales: el cielo que
busco es más azul que esta ciudad hundida en el
silencio, mis estrellas son más dulces que estas voces
penando en la universidad. A toda vela recojo mis
pertenencias / dibujo la bahía y las últimas gaviotas
que vinieron a despedirse con sus alas. Todo queda
escrito en los vaivenes de estas aguas de la fuente del
Centro Comerical más caro del mundo. Pobrecillas
palomas que cantan por la plaza sin cesar. Pobrecillos
los árboles que descuelgan sus ramas al compás del
viento silbón. Mi nuevo mundo necesita un nuevo
firmamento, otro esplendor, otro cristal, otra mujer
de ojos grandes y verdes, otra luna que nos alumbre
desnudos / violetas sobre la arena. Me voy para no
volver a escribir sobre la metáfora del espejo. Mis
espejos se mueren de aburridos en un rincón de mi
casa. Me voy a ser otro, el que se sublevó ante los
edificios de Nueva York y perdió su alma en las noches
de Frankfurt. Hoy regreso a mi pozo, al pozo, a la
letra que se tuerce con el viento, a la brisa que es el
signo de mi playa. El crepúsculo se llena de ángeles
aquí en el muelle. Por la arena blanca camino con mi
walkman escuchando el último concierto de Saint—
Saëns para violín cuando veo siete estrellas, siete
susurros / siete encantos en el cielo / Todo puede

verse bajo el mar / hasta mi más leve pensamiento.
Son siete cielos juntos que me cantan y me mecen,
siete océanos que hoy naufragan en mis navíos, cuando
me revuelco sobre la arena para ser polvo marino,
sólo bosquejo de una sílaba salada.